

UNA CATÁSTROFE “NO NATURAL”

El huracán Katrina - EE.UU.

Texto:

Patrick McCully

“Esta nación tiene un adversario grande y poderoso... Luchamos contra la Madre Naturaleza. Es una batalla que tenemos que mantener día a día, año tras año. Nuestro buen nivel económico depende de esa victoria”.

Filmación del Cuerpo de Ingenieros del Ejército de los EEUU en el Mississippi. En la tarde del domingo 28 de agosto del 2005, el alcalde de Nueva Orleans, Ray Nagin, dio la primera orden de evacuación en la historia de la ciudad.

“Afrontamos la peor tormenta que habríamos podido imaginar”, dijo. “La situación es muy grave. Nunca había ocurrido algo así”. El día anterior, el huracán Katrina se había intensificado sobre el Golfo de México hasta transformarse en uno de los más fuertes jamás habidos, con vientos de hasta 269 km/h. La tormenta parecía ir derecha hacia Nueva Orleans.

Katrina tocó tierra el lunes por la mañana temprano, a unos 80 kilómetros de la ciudad. Pareció que se había librado del impacto directo del huracán. “Por suerte, Nueva Orleans se libra por poco del temido golpe”, proclamaba el New York Times el martes.

Sin embargo, poca gente diría hoy que la experiencia del Katrina fue una “suerte”. La tormenta mató a más de 1.200 personas en Nueva Orleans y sus alrededores. Cuatro quintas partes de la ciudad quedaron inundadas, en algunas zonas por más de seis metros de agua, y los daños en casas e infraestructuras se evaluaron en unos 28.000 millones de dólares.

Cuando se analiza el desastre, el hecho de que la inmensa mayoría de los muertos fueran afro-americanos pobres demuestra que, incluso en el país más rico y poderoso del mundo, la vulnerabilidad de los más pobres ante desastres naturales, o aparentemente naturales, es una evidencia tan injusta como injustificable.

La segunda conclusión es que el desastre fue evitable. En el fondo, el New York Times tenía razón: la ciudad se libró del impacto directo del huracán. Lo que arrasó Nueva Orleans no fue tanto la horrible tormenta cuanto el fallo de sus infraestructuras de protección contra inundaciones. La ciudad, rodeada por diques de defensa, está situada en una depresión entre uno de los ríos más poderosos del mundo y un lago conectado al Golfo de Méjico por una zona de humedales. La historia de 300 años de esfuerzos para proteger a Nueva Orleans de las crecidas del Mississippi y de las tempestades del Lago Pontchartrain, sirve para ilustrar hasta qué punto es peligroso confiar en que este tipo de infraestructuras controlará las crecidas.

El sistema de defensa frente a los huracanes diseñado por el Cuerpo de Ingenieros del Ejército de EEUU, que había empezado a construirse 40 años antes y aún no se había acabado, estaba supuestamente diseñado para soportar una tormenta de nivel 3; el Katrina que golpeó Nueva Orleans no era tan fuerte.

Pero las defensas de Nueva Orleans fallaron porque estaban mal diseñadas y mal construidas, y porque la ciudad y el Delta en su conjunto se están hundiendo. Al igual que todos los deltas, el del Mississippi se originó por los depósitos sedimentarios de incontables inundaciones a lo largo de miles de años. Una parte de esos sedimentos que los ríos aportan en su desembocadura forman barras costeras y alimentan de arena las playas. En la medida en que durante décadas se regularon las crecidas e inundaciones ordinarias, los suelos del Delta se han ido compactando, generándose procesos de subsidencia (hundimiento), al tiempo que ha progresado la acción erosiva del mar. Las grandes presas han contribuido, paradójicamente, a incrementar la vulnerabilidad de Nueva Orleans frente las inundaciones. Se estima que los enormes embalses del Alto Missouri colapsan en torno a la mitad de los flujos sedimentarios que en su momento bajaban por el Mississippi y que alimentaban la existencia del Delta.

Por otro lado, la proliferación de diques de ribera a lo largo de cientos de kilómetros ha incrementado la cinética fluvial y consiguientemente la capacidad destructiva de las crecidas. Por último, en este juego irresponsable e imprudente de cambios drásticos en la dinámica fluvial, el bloqueo de muchos brazos del río, que derivaban caudales hacia el mar, ha favorecido la colmatación del canal principal.

El Delta del Mississippi dejó de crecer alrededor del 1900 y ha ido hundiéndose y encogiéndose sistemáticamente desde entonces. Desde 1930, las olas del Golfo de México han devorado más de 4.900 km² de humedales costeros en Luisiana – casi el doble de la superficie de Luxemburgo –. El Servicio Geológico

de EEUU calcula que el ritmo en la pérdida de humedales es de dos campos de fútbol por hora. Sobre el mapa, la costa de Luisiana parece una puntilla de encaje más que un territorio.

La pérdida de humedales costeros causa un daño demoledor, no sólo sobre los ecosistemas, sino sobre la economía y la seguridad de las poblaciones. De hecho, humedales, barras e islas amortiguan la fuerza y envergadura de las mareas de tormenta, al tiempo que reducen la vulnerabilidad de pueblos y ciudades ante los huracanes.

El ciclo fatídico de mala gestión de las crecidas que sufrió Nueva Orleans – cada inundación motivó nuevas inversiones para controlar avenidas, seguidas por nuevos desarrollos urbanísticos, supuestamente en zonas protegidas, que acabaron sufriendo inundaciones desastrosas, lo que motivó nuevas obras de ingeniería... – está lejos de ser una excepción. En todo el mundo, cuantos más daños por inundación se han producido, mayores inversiones se han hecho en infraestructuras hidráulicas para controlar las avenidas. Sin embargo, la construcción de presas y diques de ribera, lejos de reducir los riesgos, los ha aumentado.

Hoy se puede concluir, en suma, que esas costosas estrategias de control de crecidas han fracasado. De hecho, tanto en EEUU como en Europa, durante los últimos años se vienen aplicando nuevas estrategias basadas en el principio de “dejar espacio al agua” (“give space to the water”). En lugar de aplicar el principio de “dominación de la naturaleza”, luchando contra las dinámicas naturales, la moderna eco-hidrología promueve renegociar con ella los espacios de inundación fluvial, especialmente en la cuenca media (inundación “blanda” en crecida), como forma más eficaz y eficiente (menor coste) de suavizar sus efectos y reducir la fuerza de las puntas de crecida. Además, hoy se valora la importancia que tienen los flujos de sedimentos que los ríos aportan para garantizar la sostenibilidad de deltas, playas y ecosistemas costeros.